



# cápsulas blandas

ficciones breves  
y relatos de ninguna parte

Bernardo Palau C.

# **cápsulas blandas**

**Bernardo Palau C.**

Cápsulas blandas

Abril 2010

Fotografía y diseño portada: Bernardo Palau C.

Cápsulas blandas está licenciado bajo licencia Creative Commons, Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 2.0 Chile, es decir, eres libre de: copiar, distribuir, comunicar y ejecutar públicamente la obra, bajo las siguientes condiciones:

**Atribución** — Debes reconocer y citar la obra de la forma especificada por el autor o el licenciente. **No Comercial** — No puedes utilizar esta obra para fines comerciales. **Sin Derivadas** — No puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.



Bernardo Palau Cabrera nace el 20 de Agosto de 1984, en una amplia familia de seis hermanos. Ha escrito el poemario “Sobreviviendo” (inédito), además de un sinnúmero de cuentos, microcuentos y columnas para revistas juveniles. A los dieciséis años se acerca al cine, escribiendo, dirigiendo y produciendo su primer cortometraje llamado “Maldita Verdad”.

Estudia Comunicación Audiovisual mención Cine en la Universidad de las Artes y Ciencias de la Comunicación, UNIACC, donde dirige los cortometrajes “Mi Mundo: La historia del Papillón Chileno” (documental); “Tango Final” (exhibido en diferentes muestras, como la Muestra de Cine en la Patagonia y en el canal de Sydney, TVS); “Belén” (selección oficial Festival de Cine B y premio Mejor Actor en el Festival Internacional de Cortometrajes de Santiago).

Actualmente, desarrolla su primer largometraje llamado “A la Deriva” y escribe artículos de cine en su blog <http://www.bernardopalau.cl>

Contacto: [bernardo@tragaluzfilms.com](mailto:bernardo@tragaluzfilms.com)

## Dosis

Cumpleaños feliz _____	4
El silencio _____	8
Asesinato nocturno _____	10
Notas sobre un día anormal en la vida del adulto Faustino Ortúzar _____	11
Empezar de cero _____	13
Tenemos que hablar _____	14
Vicente Román _____	15
Amor 2.0 _____	16
La otra _____	17

## Cumpleaños feliz

Cada día se auto convencía más de la complejidad que implicaba celebrar su cumpleaños. Nunca sabía muy bien qué hacer cuando la gente cantaba Cumpleaños Feliz y sufría hasta el hastío si quienes lo hacían sentían la necesidad de agregarle estrofas como “feliz, feliz en tu día”. Solo alargan la incomodidad, le dijo alguna vez a Sofía.

El problema comenzó cuando ella se fue. De verdad ella no se había ido, él había cambiado y ella simplemente dejó de aguantar los cambios de humor, los malos ratos, y su reciente necesidad de escapar. En honor a la verdad, él le había implorado que dejara de aguantar sus cambios: necesito estar solo. Tú no aguantas la soledad. Quizás, respondió él, pero ya va siendo hora de hacerlo.

De eso habían pasado ya tres meses sin contacto. Cero. No es que no lo intentara, de hecho, lo había intentado varias veces hasta que finalmente asumió que ella no tenía intención de devolver sus llamadas. Si bien no estaba arrepentido de su decisión, sentía la necesidad de hablar con ella para preguntarle las cosas que, como siempre sostuvo, debían preguntarse a una antigua compañera de vida. No por mero narcisismo, solo como una pequeña encuesta de satisfacción al cliente. Aunque riendo aprobaba esta teoría, Sofía parecía no estar dispuesta a seguirla como aseguró en algún momento.

En la mañana el teléfono sonó mucho, pero no precisamente anunciando el llamado que Pedro esperaba. Primos lejanos, compañeros de colegio, amigos, no tan amigos, gente que le costó reconocer por teléfono y una mujer. ¿Pedro? Sí, ¿Sofía? No, Javiera Rosende, del Banco Latinoamericano de Inversiones. Pedro saludó, aseguró que su cuenta corriente estaba bien y continuó ansioso la espera.

Lo de Sofía y Pedro comenzó como algo lento y tormentoso. Se conocieron en un cumpleaños y aunque tiempo después insistieran en desmentirlo, nadie llamó la atención del otro a la primera. Lo único que los unió, si se puede decir que lo hizo, fue una bolsa con una botella de pisco casi llena y una exótica bebida cola que encontraron bajo el sillón que juntos habitaron, por casualidad, durante el cumpleaños de un desconocido. La

# capsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

promesa fue compartirla entre los dos y negar el acto si el dueño volvía por ella. Motivado por su odio hacia los silencios, Pedro comenzó el intercambio de palabras. Primero hablaron sobre la piscola, sobre los resultados obtenidos al prepararla con marcas no comunes y sí se podría llamar piscola cuando, en rigor, como remarcaba Sofía, no lleva bebida cola. ¿Cómo? Sí, cuando se hace con otra bebida o jugo. ¿Quién toma pisco con jugo? Mucha gente. ¿Mucha? Bastante. Deberían ponerle un nombre entonces, un distintivo. ¿Piscola-con-jugo? Es que no es piscola, insistió ella con especial seriedad. Pedro asintió esperando haber dicho algo más inteligente, pero ya bastante borracho como para haberlo hecho.

Luego vino una de esas incomodidades que unen o matan. En su historia, como siempre ha contado con ternura Pedro, la incomodidad los unió. No es que Sofía lo haya considerado un idiota o que no estuviera interesada en seguir hablando con él, simplemente la idea de ser invitada a salir le sonaba a cita y cita, la palabra en sí, le sonaba cursi, como a la mala traducción de película gringa. Era un día viernes, de octubre. Santiago comenzaba su particular temporada veraniega con calores que hace cinco años atrás no se daban y Pedro se decidía a intentarlo: ¿un café mañana? ¿Para que? Pedro calló sin decir más. Te estoy hueveando. A las siete.

El teléfono volvió a sonar. Pedro levantó el celular y vio un número desconocido en la pantalla. Respiró y contestó pensando, o esperando más bien, la posibilidad de que ella hubiera cambiado de número, pero la voz masculina al otro lado de la línea apagó rápidamente la idea. Hola, soy Marcos. ¿Sabes qué entra mañana en la prueba? No, respondió tajante Pedro, quien ya había olvidado todo lo que había estudiado la semana pasada y parecía no importarle. Cuando Marcos se disponía a discursar como siempre sobre... bueno, cualquier cosa, Pedro lo detuvo: viejo, tengo que ir a estudiar.

Mientras jugaba con un plumón rojo que se obstinaba en mascar, Pedro encendió un cigarrillo, abrió la ventana, se sentó en el marco y miró al suelo. Aspiró su cigarro con lentitud, intento botar el humo hacia abajo y lo siguió cuidadosamente con la mirada mientras subía hasta desvanecerse sobre el tejado del vecino. De pronto sonó el timbre.

Pedro pretendió no escucharlo. Ante la insistencia y viendo que nadie pretendía abrir la puerta, dejó el cigarro y corrió a la entrada donde estaba Josefa. Debe ser la Tapa. Te dije que no quería

celebrarme. ¿Cómo tan autista? No te costaba nada hacerme caso. Conversa con tu abuela un rato, aprovéchala, le queda poco. Como buena madre, Josefa manejaba la culpa y, como casi siempre, ganó la batalla.

Venga, déme un beso. Pedro se hizo de rogar un poco y luego accedió. ¿Qué se siente? ¿Qué cosa? Veinticinco es una edad importante, a tu edad ya tenía dos hijos. Pedro se agarro la cabeza como si supiera lo que se venía en las siguientes dos horas. Eso ya no es tan así, comentó Pedro. ¿Qué cosa? La gente. Ya nadie tiene hijos a los veinticinco, o bueno, nadie por opción propia. Ese es el problema, continuó la abuela con afán doctrinario, los hijos hoy día son más accidente que nada. Pedro calló y se levantó, no por que estuviera aburrido de su abuela, que lo estaba, o por que tuviera hambre, que tenía. Simplemente, sintió necesidad de escapar.

Mientras por la puerta de entrada del pequeño departamento comenzaba un desfile de familiares cercanos, aunque en rigor sumamente lejanos, Pedro huyó. Algo inventó (creo que la sorpresiva entrega de un regalo en el hall del edificio) para salir del departamento y luego huir. Corrió como nunca lo había hecho, aunque siendo sinceros, Pedro no era un tipo deportista. Convengamos que se esforzó motivado por la ansiedad. De pronto, al poco andar, se vio a sí mismo y se avergonzó. Se supone que lo había olvidado, se dijo. Debería.

Pedro tomó su teléfono y marcó sin pensar mucho. En plena esquina de Lyon con Lota, donde se había producido aquella mortífera conversación en la cual planteaba la necesidad de estar solo, donde ella le había dicho que esto no funcionaría y donde él prometía hacerlo funcionar, Pedro esperaba ansioso que ella respondiera.

Insistió. Una, dos y hasta tres veces. El cuarto fue distinto.

¿Cómo estás? Bien, sentenció ella, botando humo por su boca, ¿qué quieres? Nada, solo quería saber cómo estabas, qué ha sido de tu vida. O porqué no te había llamado, interrumpió Sofía, con la típica risa ronca que solía aparecer en ella cuando fumaba mucho. No te había llamado porque no me parece sano Pedro, de hecho, te estaba escribiendo un mail.

Pedro intentó cambiar de tema recurriendo al peor de los comodines: el clima. Dicen que se viene como nunca el verano, que el hombre no está preparado para tanto calor. Ante el

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

silencio, Pedro se lanzó: ¿te parece insano? ¿Qué cosa? Hablar. La verdad es que no Pedro, pero me recomendaron no hacerlo. ¿Qué pasó con lo del café, lo de conversar en el futuro? Tú sabes que eso es lo menos sano que podemos hacer, interrumpió Sofía. ¿Estás segura? ¡Pedro!, dijo ella llamándole la atención como cuando él hacía bromas subidas de tono frente a sus amigas. Te pregunto en serio. Tú lo sabes, concluyó ella.

Pedro termino con un escueto que estás bien. Prendió un cigarro y caminó por Lyon un buen rato, hasta que sonó su teléfono. Era su madre. ¿Dónde estás? En la calle. Necesito que compres unas bebidas, pero Light. Unas cinco, yo te las pago. Pedro compró las bebidas y llegó a su casa. Saludó a la rápida a los invitados, buscó una botella de pisco que yacía en la despensa hace meses y preparó un jarro de jugo en polvo.

Todos los grandes momentos de mi vida han tenido una canción asociada. En los veranos en Maitencillo, cuando rozaba los cinco años, el recuerdo de mis primos y manguereos para sacarse la arena de los pies se complementa en mi mente con Mazapán, su cuncuna amarilla y su vaca que quería comer chuchoca. Luego la radio prendida, generalmente en el verano, estaba a cargo de mi padre. Es decir, me nutrí de Sinatra y sus amigos, así como de Ana Belén, Serrat y otros. Mas tarde me puse algo más sentimental, como si mi pubertad hubiera anunciado el tono nostálgico que desde entonces marcaría mi vida con una extraña poética de lo gris. Por aquellos años cantaba desde boleros en nuevas versiones a versos de poetas callejeros acompañados por arreglos poco sutiles y noventeros sintetizadores que se vendían –y las escuchábamos- como si fuesen grandes verdades.

Cuando aparecieron las mujeres en mi vida, cada una fue una etapa y tuvo su canción. No deja de llamarme la atención como fui mutando de estilo en estilo, como si cada una de ellas fuera una película con su propia banda sonora, diferente la una de la otra.

Varias duraron años o meses, otras semanas, una incluso alcanzó la mínima de un día, pero todas tenían su banda de sonido. A veces la música venía con ellas y yo adoptaba una nueva tendencia, otras tantas era lo que escuchaba en esos momentos lo que las terminó definiendo a ellas y, por consecuencia, la relación entera. Sin embargo con ella, la última, las cosas fueron distintas.

No había canción. Hubo propuestas, traté de incorporar inconscientemente algo de música a la situación y ella me devolvía la mano con la tarea de escuchar otra versión, otro autor, o incluso de escuchar en ciertas situaciones: con un vino, en la mañana al despertar, o en la tarde, justo después de almuerzo. A pesar de que cumplí cada nueva idea como un escolar espera recibir una estrella dibujada en su mano, pienso en ella y no pienso en sonidos. Pienso en imágenes, en sabores, en conversaciones. En ella hay algo de vino, risas, piernas, libros, lugares, formas de caminar, de pensar, de actuar pensativo fingiendo sabiduría cuando en verdad el vino se te ha subido ya a la cabeza.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

Su recuerdo es así. Al encontrarla y perderla, o bien, nunca tenerla, habito el silencio. No quiero bañar todo de gris. El silencio no es así. Pero con ella encontré eso y quizás cueste volver a acompañar un momento con una canción como antes hacía con tanta facilidad.

## Asesinato nocturno

A la primera la maté una noche de junio, cuando por las noches el frío comienza su cruel calvario y se anida prolijamente en los huesos hasta convertirse en un dolor punzante que apenas sí merece la pena recordar. Lo nuestro nunca debió haber sido y este momento nunca debió haber llegado, sin embargo ahí estábamos, los dos frente a frente, ella desnuda en la cama y yo a minutos de intentar buscar el sueño. No podíamos seguir juntos, no podíamos seguir vivos uno al lado del otro. Al menos no bajo el mismo techo.

Llegado el momento y habiendo tomado la decisión –de la cual admito no estar avergonzado hasta el día de hoy- le comencé a pegar. Ella era más chica que yo, sin embargo no era presa fácil.

Logre bajarla de mi cama y la contemplé unos segundos, mientras comenzaba a moverse, intentando balbucear nerviosa palabras que jamás llegaré a escuchar. Luego –intentando no mirarla a los ojos- le di el golpe de gracia. Pero ese no sería su fin.

A ella la había conocido media hora antes. En alguna esquina subió a mi auto sin darme cuenta y al salir del baño para acostarme, ella yacía desnuda, en mi cama, esperándome. Sus piernas, largas, prolijas y oscuras me asustaron de inmediato. No estaba acostumbrado a este tipo de aventuras. Nos miramos en silencio hasta que tome la decisión. No me culpen: ella se metió donde no debía.

Al verla en el suelo decidí perdonarla y dejarla vivir, pero la muy imbécil comenzó a levantarse, intentando subir a mi cama.

Entonces me decidí y simplemente le di el golpe de gracia.

Silencioso, certero, placentero. Limpie sus restos en el baño y noté que esto no era sano y estaba ocurriendo más seguido de lo que quería. Me decidí a dejar de lado el sueño por un momento y buscar un fumigador decente. Algo me decía que ésta no era la primera ni la última de ocho patas que mataría desde entonces.

## Notas sobre un día anormal en la vida del adulto

Faustino Ortúzar

1.

Cuando Faustino Ortúzar salió de su casa aquella mañana de Octubre, todo decía que sería un día normal. Como cada martes, se vistió a tiempo, subió a su auto a la hora de costumbre y enfrentó el habitual atochamiento matutino con la paz interior que lo caracterizaba.

2.

Si algo diferenciaba ésta de otras tantas mañanas, era acaso el leve matiz de jovialidad que impregnaba la única voz femenina en la vida de Faustino: aquella encargada de narrar las noticias a través de la radio. Algo sólo apreciable por un fiel auditor, pensó para sus adentros, inflando el pecho con un absurdo aire de orgullo, como si aquello se tratase de algo destacable.

3.

Lo único que alejaba a Faustino Ortúzar de la siempre cuestionable idea del suicidio era, por aquellos años, la nunca bien documentada noción de la vida después de la muerte. Dicho de otra forma: temía descubrir por sí mismo que aquella forma de vida existía y no poder hacer nada para revertir el castigo metafísico al cual se expondría, según creencias populares, luego de haber atentado contra su cuerpo.

4.

Al llegar a su trabajo aquella mañana de Octubre, Faustino Ortúzar decidió cambiar la primera valoración que le había dado al día: de uno normal pasó a ser un buen día. Se desconocen las razones.

## 5.

Al salir de su oficina y caminar hacia su auto, Faustino Ortúzar decidió que un buen día debía ser premiado para atraer otros de la misma especie. A pesar de no creer mucho en la lógica de lo que hacía, decidió regalarse a sí mismo una de sus máximas fuentes de placer: higos secos y maní sin sal.

## 6.

En la noche, al salir del mercado, el adulto Faustino Ortúzar se dirigía a su hogar manejando. Luego de doblar, como de costumbre, a la derecha en el primer semáforo, reparó en el silencio que habitaba su vehículo y decidió prender la radio. Para acabar el día tal como había empezado, pensó. A las veinte y treinta, el adulto Faustino Ortúzar fijó la vista en la radio. Un segundo más tarde, sentiría un golpe en seco sobre el parachoques. En seco, como sus higos.

## 7.

La segunda valoración dada a su día, genera una tercera valoración. Sin definirse por el momento.

## 8.

Faustino Ortúzar, notaría una hora después, que la voz femenina que comunica a los carabineros a través de la radio posee una irónica similitud con la narradora de noticias.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

## Empezar de cero

Octavio despertó, se vistió de domingo y abrió el diario. Era julio, pero él respiraba septiembre: el frío amainaba y sus bronquios dejaban ya de sonar. Luego de almorzar una empanada de queso y escuchar a Sabina en la sobremesa, prendió el primer cigarro del día, miró la foto de Ana unos segundos y le dijo que estaba listo. Qué esta vez se atrevería, y que no, no la iba a olvidar. Entonces tomó el teléfono con la misma ansiedad con la que veinte años atrás la había llamado a ella y esta vez preguntó por Dominga.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

## Tenemos que hablar

En estricto rigor no eran nada. Nada legal y nada que la otra ley, la social, estableciera como compromiso. Al menos no para él. Ella lo citó a un café diferente del de siempre. Iba a andar por estos barrios, le dijo. Una vez sentados, Soledad planteó que esto, sí, 'esto' marcando las comillas con sus ojos, ya no podía seguir. Tú sabes. No, no sé. Domingo notó entonces que había pasado a ser algo cuando en realidad estaba dejando de serlo.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

## Vicente Román

Cuando Vicente Román despertó a media noche, su vida comenzaba a extinguirse. Ya no era un cuarto del hombre que alguna vez había sido. Ya no era, aunque le doliera, aquel invencible actor al que, por cierto, él mismo añoraba como su más grande admirador. Vicente Román había dejado de ser, hace mucho tiempo, Vicente Román.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

## **Amor 2.0**

Era amiga de una amiga y aunque no era –digamos- amiga de él, le pidió amistad. Luego de ser aceptado por ella, intercambiaron caracteres. Salieron, aunque ella no estaba preparada para chatear oralmente con él. Esa noche, él la eliminó y ella lamentó que su estado no digital –desconectada de la vida - fuera causal de alejamiento. Espera que alguna vez se encuentren, pero esta vez los dos en línea.

## La otra

Esa noche me demoré en llegar. Era al otro lado de la ciudad, llovía poco pero molestosamente y los vidrios se empañaban como mi cabeza lo hace a ratos. Avanzaba por calles desconocidas con la claridad de quien sabe lo que quiere, seguro, con todo lo necesario a mano, oliendo a una extraña mezcla de perfume, cigarros y menta.

Al entrar me saludó con un breve abrazo, me dijo –como siempre- ‘hola mi niño’ y vi a su compañera de departamento con un amigo. Miento si digo que no lamenté la terrible obligación de tener que compartir una conversación con dos desconocidos y ella, que tampoco se puede definir como conocida. Lo nuestro no era precisamente verbal.

A Nicole la conocí hace dos años en el restorán. La verdad sea dicha, no puedo decir que me gustó de buenas a primeras. Quizás nunca realmente. Sí recuerdo como sonreía, como cada vez que me la encontraba tenía esa maldita facilidad para hacerme sentir bien. Algo que Margarita nunca había tenido, por cierto. Yo era para Nicole lo que Margarita era para mí.

Por aquellos años, Nicole aparecía en mi vida cada dos semanas. Nos topábamos después de los turnos o en asados en el departamento de alguien y, por lo general, era siempre lo mismo: cuando ese sueño llamado Margarita desaparecía y yo quedaba solo, siempre estaba Nicole para conversar sobre cualquier cosa.

El año nuevo del dos mil se acercó a mí y me pidió que la invitara a bailar. Margarita, como era usual, había desaparecido en alguna parte y ante la opción de quedarme sentado tomando solo, acepté. Nicole me tomó de su mano, con esa alegría de mañana que le duraba toda la noche y en menos de un segundo bailábamos The love cats de The Cure. Recuerdo los jeans apretados, su humilde escote y esa inquietante habilidad para mirar a las personas que, inevitablemente, conseguía ponerme nervioso. En un momento cerré los ojos y sentí sus labios en mi cuello. Algo borracho la miré y ella, como siempre, me sonreía tiernamente.

- ¿Tienes un pucho?

- No, contesté.
- ¿Vamos a comprar?

Nos subimos al auto y la abracé. Ella me tomó la cara y empezó a besarme por todos lados. Levantó mi polera con facilidad y empezó a recorrerme lentamente tanteando terreno. Mientras nos besábamos me propuso ir a otro lado pero yo me negué. Me miró, sonrió, y subió encima mío. Fue mi primera vez en la vía pública.

Luego de ese encuentro vinieron varios más. A veces había sexo, otras alcohol, pero siempre el mismo extraño fetiche: The Cure. Lo último que recuerdo de ese año es un living vacío luego de que todos se habían ido, el dueño de casa –Osvaldo, mi jefe– durmiendo ebrio sobre el sofá mientras nosotros bailábamos solos, iluminados apenas por una luz tenue que pincelaba su cara mientras cantaba ‘You, soft and only, you, lost and lonely’.

Cuando me ofrecieron la beca partí. Sin despedidas ni llamados, de hecho ni siquiera recuerdo si tenía su número. Al volver a Chile, tiempo después, conocí a Florencia y empecé una nueva vida. No sé si mejor o peor, pero sí muy distinta. Fue como si de la nada, un día hubiera decidido olvidarme del ‘Forastero’, de Margarita y empezar de cero con la estúpida idea de ponerse serio. Sin verdadera razón, solo por el placer de hacerlo. De un día para otro decidí, no recuerdo bien porqué, que esto de pasear por after hours conociendo mujeres después de los turnos tenía que parar. Debía sentar cabeza, poner mi propio local y comprar una casa.

Todo se iría a la mierda un año después, en una estación de servicios.

- Dos Lucky por favor.
- ¿Esteban?
- Sí, respondí. Al darme vuelta, Margarita sonrió con esa torpe costumbre de reclinar la cabeza. Habían pasado entonces dos años y medio de la última vez que la veía y fue literalmente como haber estado a centésimas de morir: tu cuerpo queda temblando y pensando, al menos por unos minutos, que acabas de salvar de una grande.

Tome mi auto, bajé por Colón y al llegar a Tobalaba el semáforo me dejó en tierra de nadie: justo sobre el canal San Carlos. Entonces me di cuenta que lo único que me sobraba era el anillo en esa feísima caja azul. Aproveché la reserva que tenía para esa misma noche terminar con Florencia. Nunca más la volvería a ver. Lo único que recuerdo de ese día, además de mi extraño

encuentro con Margarita, es la caja de terciopelo azul flotando hasta hundirse por el canal San Carlos. De Florencia nada.

A la semana llamé a Margarita y la invite a salir. No pasaría mucho tiempo para descubrir que tras su mirada se escondía una característica tan desesperante como atrayente: Margarita era una mujer brutal. No era nada nuevo: era conocida –me habían dicho alguna vez- por dejar a cualquiera pendiendo de un hilo, incluso a los más rudos.

- Tanto tiempo.
- Sí -contestó Margarita- no me invitaste al matrimonio- dijo riendo-
- Larga historia, ¿te la cuento con un té?
- ¿Un té?
- Ya no tomó café, repliqué.
- Lo siento, hoy no puedo, tengo turno. Llámame.

Cualquiera diría que era un nuevo rechazo, pero por alguna razón este dolió más que los otros. Por primera vez -desde que tiré el anillo al río- me venía una imagen tan clara a la cabeza sobre lo que quería hacer, sobre con quien quería estar. Nicole era en lo único que pensaba. Tenía que ubicarla, tenía que verla, era como si angustiosamente quisiera volver el tiempo atrás para estar con ella de nuevo. No conversar, no reír, simplemente para abrir los ojos de nuevo y tener sus labios en mi cuello, ver sus jeans, su escote, escuchar The Cure, y verla de nuevo bajo la luz, esa tenue luz amarillenta que la envolvía en ese living vacío.

Al entrar a su departamento me saludó con el cariño de siempre, como si los tres años no hubieran pasado y esa última vez en el departamento de Osvaldo hubiera sido anoche. Me ofreció una copa de carmenère y me hizo pasar junto a sus amigos.

La conversación fue extraña. Por lo que entendí, Ana –la compañera de Nicole- vendía todo-terrenos a ‘gente bien’, como decía ella y él, René, vendía acciones en una empresa en el centro. El único tema en común parecía ser, entonces, la famosa crisis y como sus negocios se veían afectados. Por un momento mire el lugar y me vi con ganas de saltarle encima a Nicole, sin entender qué mierda hacía hablando idioteces. Cuando me preguntaron por mi negocio, mentí instintivamente diciendo que la gente seguía yendo a comer como siempre. Por desgracia, eso abrió más la conversación: el tema era ahora cómo diablos la gente seguía gastando en lugares cool como el mío. Cuando creí asfixiarme, mire a Nicole a mi lado y le propuse fumar un cigarro en el balcón.

# capitulos blandas

un e-book por Bernardo Palau

- Cómo han pasado los años, mi niño.

Botando el humo asentí y me apoyé en la baranda.

- Muchos, comenté. Ella me miró y sin aguantarse disparó: ¿Es verdad que te casaste?

- Es chico el mundo, respondí riendo. No, no me casé.

Ella me miró de reojo dudando.

- Larga historia –asentí-, ¿pero que aburrido hablar del pasado, no?

Ella asintió.

- De ese pasado sí, concluyó. ¿Te acuerdas de nuestros besos?

Asentí y en fracción de segundos sentí su mano bajo mi chaqueta como la primera vez. Ella se acercó y me dio un beso largo y cálido que terminó en mi oído.

- A mi tampoco se me olvidaron, me dijo.

Entramos al departamento y me dijo que la acompañara a la cocina a buscar más vino. Yo crucé el living ignorando a sus amigos y la acompañé. Mientras abría el refrigerador, comencé a acariciar su espalda, haciendo que a los segundos se diera vuelta y empezara a besarme.

–Ellos se van en media hora –susurró en mi oído.

Yo asentí como si no se me hubiese ocurrido antes la idea de quedar los dos solos. Salimos de la cocina y nos sentamos en el living. Nicole me contó que estaba dedicada a hacer clases de repostería en una escuela muy cara, donde –en sus palabras– entraban niñas ricas que probablemente terminarían cocinando los domingos para la familia y, con suerte, alguna sería chef televisiva. ¿En cuál? pregunté. En el American Cuisine, dijo con un tono de sarcasmo. No era mi deber decirle que yo salí de la segunda generación del American, así que simplemente reí con ella. Me dijo que al terminar este año postularía a una beca para estudiar administración en Inglaterra y, de la nada, tomó mi mano.

– Podrías ir conmigo, mi niño.

Yo la miré y sin saber qué decir, sonreí.

Tal como me había asegurado, a las once Ana y René se fueron. Yo me despedí y fui al baño. Al lavar mis manos escuché The Love Cats sonando afuera. Al salir, Nicole me estaba esperando con un beso en la puerta.

- ¿Tienes condones?

Asentí con la cabeza y comenzamos a besarnos por el pasillo hasta su pieza. Ella prendió la luz y en cuestión de segundos estábamos en la cama. Quizás por la forma de ser de Florencia, mi ex, me pareció todo muy rápido, como si el preámbulo común

que tenía con mi cuasi esposa fuera juego de niños. Nicole, en cambio, se desvistió sola y se me tiró encima.

Al terminar me mordió la oreja y me dio un tierno beso.

- Te quiero, mi niño. Sin saber qué responder, comencé a besarla.

Salimos a fumar un cigarro a la terraza y ella me abrazó. Hablamos un rato sobre su vida post 'Forastero', sobre como hacer clases –aunque fuera a niños bien que tanto odiaba- le había cambiado la vida. Hablamos sobre Ana, su compañera, quien por lo que contaba era el ser más desastroso con el que se podría compartir un departamento.

- Pero ya va a pasar –dijo-, cuando me vaya.

- ¿A qué parte de Inglaterra?, pregunté.

- Londres. De allá somos. ¿Te imaginas sacándonos la típica foto con los guardias del castillo ese?

- ¿Nosotros?

Ella asintió y yo reí, algo incómodo.

- Sería increíble, mi niño.

Evitando seguir la conversación la abracé, le di un beso y sentí la urgencia por salir de ahí. Esto parecía tomar un rumbo que no era el deseado, por lo que huir era la mejor opción. Mientras estábamos abrazados acercó sus labios a mi oído:

- Te quiero.

Yo sonreí, miré el reloj y luego a ella.

- Me tengo que ir.

- Pero mi niño, quédese a dormir.

- No puedo, murmuré con seguridad, mañana tengo que abrir a primera hora.

- ¿Abren los domingos?

Sin pensarlo asentí. Además –dije- dudo que te guste despertarte un domingo a las ocho de la mañana.

- Puedo aguantar.

- No, no podría hacerte eso.

Nicole sonrió encontrando ternura en mis palabras, yo la abracé y tomé mi chaqueta.

- Me llamas cuando llegues –dijo a mi oído al salir.

Nos dimos un largo beso y luego cerré la puerta. Bajé las escaleras del edificio, subí a mi auto y prendí un cigarro. A la mañana siguiente me despertó un mensaje de texto: 'Espero que hayas llegado bien, te quiero. Nicole'.

Más tranquilo, es decir, sin la ansiedad que el evento post-Margarita había traído consigo, empecé de cero. Me dediqué a

trabajar como hace mucho tiempo no lo había hecho, comenzando a amasar la idea que las mujeres eran solo un elemento distractor y que siempre habían sido solo eso. Si bien, en mi historia, no son solo eso, empecé a creer que debían serlo. Yo era mi trabajo y mi trabajo era yo, todo lo demás, pensaba, era una distracción que traía problemas. Por lo mismo, cuando Nicole me llamaba nunca respondía.

Algunos meses más tarde me llamó Margarita para invitarme al departamento de Osvaldo a pasar el año nuevo. Con él estaban planeando un reencuentro del equipo del 'Forastero'.

- Algo piola, como antes -me dijo.

Al tocar el timbre abrió Margarita quien, con la sonrisa de siempre me abrazó largos segundos. Era literalmente un viaje al pasado: volví a oler el mismo departamento, prender la misma luz que alguna vez había iluminado a Nicole y abrir una cerveza con el mismo abridor de antes.

Por minutos, volví a retomar con Margarita la misma relación que alguna vez nos había unido. Era como si este viaje al pasado hubiese borrado esas letales salidas con ella, como si estuviéramos en punto cero de nuevo. Sí, era el típico cliché de empezar en blanco un nuevo año.

Tomamos cerveza como antes y hablamos de mi cuasi matrimonio, del tipo que se enamoró de ella al punto de seguirla, de cómo –según ella- Adriá esta sobrevalorado, y de cómo le apataba que la cocina estuviera de moda, que los chefs compartieran espacios en revistas como si fueran actores de la tele.

- ¿Qué tal esto de ser tu propio jefe?

- Agotador –respondí, intentando que mi desaliento no pasara por sobre lo cool que podía ser tener tu propio local- ¿cuándo te veré por allá?

- No sé, cuando me invites.

- ¿Cuándo te invite? –reí- este miércoles, ¿te tinca?

- No sé mis tiempos con tanto tiempo.- Margarita rió como si le causara mucha gracia su chiste- llámame.

Entonces, como siempre, desapareció. Solo que esta vez, no estaba Nicole y, lo que primero fue angustia por tener que topármela, ahora era lo contrario: la necesitaba. Tomé el teléfono y la llame dos veces pero ya no era su número.

- Osvaldo, ¿la Nicole?

Mi antiguo jefe, un poco ebrio, rió.

- Debe haber celebrado el año nuevo hace unas cinco horas.

# cápsulas blandas

un e-book por Bernardo Palau

Lo miré sin entender.

- Está en Londres –me dijo como si fuera obvio- ¿no fuiste a la despedida? Ella invito a todo el antiguo equipo.

- Ah, verdad –comenté- tenía turno.

- La vieras –me comentó Osvaldo- mandó fotos porque se casa en enero con el sous chef del local donde hace la práctica.

- ¿En serio?

Osvaldo asintió. Yo sonreí, caminé al Ipod que estaba sobre la radio y busqué ‘The love cats’ de The Cure.